

método más barato y malvado posible. Una de las regiones en las que ese intercambio de culturas y personas de tonos de piel distinto está sucediendo más intensamente en el mundo es la zona en la que sucede esta novela.

—¿Puede hablarse de gran novela americana sin la mirada correctora hacia el sur?

—Me encantaría que la gran novela americana estuviera escrita en español. No digo algo que resulte estadísticamente improbable. La mirada hispanoamericana debe estar integrada en la literatura estadounidense, porque los EE.UU. son simplemente inexplicables sin ella, siempre ha sido igual. El único lugar sin hispanos tomando decisiones y ejerciendo acciones que modifican la historia son los «westerns».

—Describe cómo los indios regresan a Arizona, ahora desde más al sur... ¿Asusta al blanco estadounidense convertir-se en minoría?

—Eso está sobre la mesa. Es una de las explicaciones para esta cosa horrenda que nos pasó con Trump. El coletazo de un grupo que controló al país, identi-



El genotipo de EE.UU. está cambiando, pronto será un país moreno. No exterminas una población y ya. Regresan»

Nací en una casa muy mexicana, no muy española pero sí muy republicana. México debe hacer un trabajo de higiene ahí»

ficado en términos raciales y religiosos consigo mismo, y que está perdiendo el control. Las minorías crecen más rápido. Los europeos se mueren más rápido. La crisis de opioides les afecta más. El genotipo está cambiando velozmente, y será pronto un país moreno, no sé si en la próxima generación. No exterminas a una población y luego no pasa nada. Siempre regresan. Es el destino.

—Ahora se meten con Colón y con Fray Junípero.

—(Risas) Nos obligarán a decir cedros enanos a los juníperos.

—¿Sabe? En su libro se percibe un cierto desafecto al pasado imperial español.

—Soy mexicano. Y no tengo problema de hablar de mi propia herencia. Soy hijo de mexicano y española. La herencia ibérica la he reclamado en todos mis libros, discutiéndola tanto

como la herencia mexicana. Hay una historia evidente en la novela, cuando el mexicano está a punto de hacerse español y cuando tiene que jurar lealtad al rey simplemente no puede.

—Hay más elementos que definen esa desafección.

—No entendemos los tránsitos políticos entre regímenes también como grandes corrientes culturales. En la educación pública mexicana ves durante tres años el mundo prehispánico, durante dos años y medio el mundo de las repúblicas y durante diez minutos el imperio

español, que ha sido la parte más larga. Pero ni el genocidio borraría la herencia o la responsabilidad que tenemos sobre la lengua compartida, que heredamos de Europa.

—Resulta evidente que donde hubo españoles sobrevivieron los indios, y donde no estuvimos fueron exterminados...

—...Pero estamos trabajando en ello (risas). Donde no quedaron a lo mejor ya regresan. Donde fueron exterminados quedó un espacio ciego, vacío y ahora está siendo ocupado por migrantes mexicanos y últimamente por las oleadas centroamericanas. Y va a seguir pasando. Hay una hipocresía profunda en negar la necesidad de personas que paguen impuestos en Arizona y Nuevo México.

—¿Se tiene en México una idea de España desactualizada, ba-

sada en la visión del exilio republicano, que también explica esa desafección?

—Pues es probable que sí. Apunta a mi historia personal. Mi madre y sus padres eran republicanos y yo crecí en una casa que era muy mexicana y no muy española pero sí muy republicana. Estoy hablando casi como si los republicanos no hubieran sido españoles.

—A eso me refiero, claro.

—Había una manera de entender la hispanidad completamente distinta. Mis hijos van a un colegio que se define como republicano y créame que no voy cantando por la calle la internacional. Pero mis hijos se saben de memoria el himno de la República. Tengo la impresión de que México debería hacer un trabajo de higiene ahí. Hace cuántos años ya que Foucault dijo que esto de la nación-estado no funciona. De pronto el modelo imperial tiene cosas muy atractivas.

—¿El español?

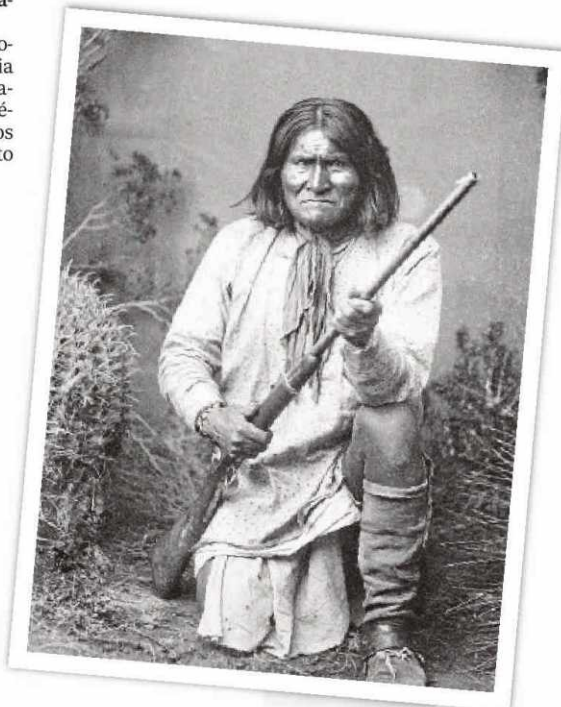
—No digo que debamos volver a los imperios, pero sí que valoremos que eran fluidos, cosmopolitas, plurilingües. Había cosas beneficiosas y el imperio español, gracias a su porosidad y a su impecable desastre burocrático y gracias a que todo se hizo cosiendo y cantando era bastante hospitalario. Creo que hay que ser bastante tonto para negarlo. No es que niegue la responsabilidad que Europa tiene sobre la población original de América. Pero al mismo tiempo señalo que un modelo que tuviera la inclusividad y pluralidad de voces y las fluides territoriales como las del imperio español no estaría tan mal.

—Los apaches de su novela son fieros, pero muy familiares y de buen humor.

—Está en todos los libros. En la gran nación apache, que debía llamarse atapascana, una vez que una persona se integraba mayormente lo que hacía era reírse y ocuparse de los niños. Imperaba el sentido del humor y el honor completo de un guerrero se jugaba, por supuesto, en el campo de batalla y en la lidia con los niños, para que fueran buenos guerreros, buenos padres, buenos miembros de la comunidad. Buenos ciudadanos.

—Los pinta como una nobleza, los reyes de aquel mundo.

—Bajo ninguna circunstancia, como mexicano criollito, con doctorado y acceso a las mejores bibliotecas del mundo, puedo adivinar qué pensaban los apaches. Los pongo siempre en contrapicado, desde abajo, vistos por hombres que no los entienden del todo, pero los saben superiores en sus lides. ■



ABC

LA RESISTENCIA EN LA NOVELA DE ENRIGUE.

Gerónimo (sobre estas líneas) dirigió un último grupo de guerreros, incluidos varias mujeres, que «asoló un territorio casi infinito durante años, entre Nuevo México y Arizona, un lugar más grande que Alemania. Y cuando se rindieron ¡resultó que eran solo 23! Si ese no es un ejemplo de resistencia para todos nosotros, ¿cuál lo es?»